

## DOCE

EL FORASTERO VUELVE DE ANTAÑO 1.  
1836  
(9 DE ENERO)

*Si las edades sucesivas por donde pasamos son como amigos que caen y son substituidos por otros más fuertes y menos cariñosos, los años últimos son como amigos que llegan demasiado tarde y que nunca pueden ligarnos con una íntima amistad.*

Sainte-Beuve (*Voluptuosidad*)

El forastero oye una campana. Suenan tres campanadas, a las seis de la tarde, y el viento las lleva por las calles en cuesta hasta el precipicio donde concluye el pueblo. En el abismo de árboles, casas y caminos desparramados por el azar o la pericia al pie, parece que todavía se mueven las campanas. Habrán sonado seis. Son, un abismo desde arriba y un cerro desde abajo, los que mutuamente se ven y desde tanto tiempo que ya, el uno se conlleva con el otro. Uno, fortaleza, otro, agro liberal, en realidad contrapuestos. Los siervos cultivan el abismo para los señores que vigilan el feudo.

El pueblo está posado sobre la cumbre y se ha quedado allí, de antaño, petrificado, como garra pedregosa y calcárea, de un ave de presa gigante. El hombre un día escaló su cima y ha ido dejando, bloque a bloque memoria de su acceso, grano a grano huella de su paso, golpe a golpe señal de su ceguera. El viento llevará la copla del badajo hasta el valle, donde se oye y como no se vé, la misma impavidez, por su diafanidad, lenta y constante, materiales arrastrados con los poderes de su erosión. Así vuelven las cosas a estar como estaban. No queda ya vestigio de los bueyes, ni el carro donde uncieron. Se usó durante años, varó luego

junto al estercolero, al pie de la ermita, a la vista de los huesos blanquecinos de sus antiguos porteadores, los primeros en renunciar, mondados por el buitre o la corneja. Muchos bóvidos tiraron de él. Varios carreros sucesivos se sucedieron los unos a los otros; algunos no llegaron a saber lo que arrastraban. Otros se despeñaron. En la longevidad de la historia, En un día reciente quedó el cerro edificado y protegido. Hace ya varios siglos. Otras historias anteriores atalayaron desde el lugar la amenaza o la monotonía. Desde tiempo inmemorial pervive el odio. Pero por el pueblo que el forastero hoy ve, el día reciente tiene seis o siete siglos de edad, del tiempo del pretesto entre moros y cristianos, luchando unos con otros, o los dos contra los dos, o los mismos contra los mismos, mientras los otros observaban neutrales la contienda.

Este forastero que hoy pasa su mirada por el lugar recorriéndolo, cual si fuese el sonido de la campana, lo abarca cotejándolo, todo él, con sus dudas. No sabe a quién preguntar. Subió el camino largo que contornea la altura, abrazándose unas veces al poniente y otras al norte, umbrío. Allí, por el primer mes del año, la escarcha vela de un día al otro. Le abrumaron las piedras de la muralla continua, múltiples de innumerable cantidad. A una fecha se hizo la misma demanda: cuánto esfuerzo hoy baldío. Las culebrinas no pueden, herrumbrosas, disparar. ¿Lo hicieron algún día? ¿Estuvo el forastero en el lugar antaño?

La inutilidad, por otro lado, de un acto, no evita el actuar de tantos, tanto tiempo. Ni el habitar de algunos moradores que allí dejaron lo mejor de sus vidas y de piedra, en lo alto, sus casas. Queda el cementerio atrás. Precisado de tregua durante las hostilidades. Lleva al cuello el forastero un pañuelo que a la cara del viento se le arrebola y le hace jadear. Sube ya desde hace varias horas, desde el río cortado por la raya fronteriza. Algún día todo aquello fue un solo país. Hoy se observan, divididos por la raya invisible (un paisaje dividido en dos estados), uno frente al otro, y en realidad no logran ver nada. Pierden el tiempo.

Le hicieron declarar a cada lado rutinariamente sus pertenencias, nimias, que todas caben en un maletín ligero de mano, salvo lo que lleva puesto, y desdeñosamente relató a ambos lados la misma lista de prendas vulgares: una camisa, dos pañuelos, un sombrero, un bastón con empuñadura de nácar, dos libros en rústica, abrumando al fin con su sinceridad. Desde entonces, donde dejó atrás a los carabineros, sube hacia el pueblo en la cumbre, y el aire limpio de la altura disipa el aburrimiento de la asechanza humana.

Quedan por el valle las brumas, los onerosos cultivos de la tierra pisoteada, el frutal podado hasta el extremo de parecer su propia caricatura y con ellos, la urdimbre de la mediocridad, las reglamentarias disposiciones que controlan el deambular físico del viajero, la necesidad vital de andar, la normalidad humana de ir de un sitio a otro. Sube así la cuesta en espiral y llega a la primera puerta de la muralla. Un cabrero azuza su ganado entre las rocas. Un anciano toma el sol. Dos niños corren entre los olivos.

La muralla se conserva en su integridad al igual que el día de su inauguración. Con aires festivos de armisticio. No le falta barbacana, ni almena, ni escalón, ni gárgola. Tiene, por su doble pétrea prolongación, dos cinturones de defensa, dos anillos, uno ante el otro. En sentido horizontal la recorre el forastero comenzando por la primera defensa y con otro alborozo, el de un niño que pudo ser él muy bien, descubre la puerta secreta de acceso al interior. Esa puerta breve que todas las murallas tienen. Por donde sólo cabe un emisario, con nuevas, o un fugitivo malherido, o el doncel. Puerta para el mensaje, el misterio o el amor. Buena para acechar al enemigo o conocer la doblez del propio amigo. Siempre se encuentra en todo lienzo de muralla en un recodo, en el lugar menos vistoso, donde posiblemente en tiempos de guerra se elevase un árbol, hoy talado.

Sigue adelante. El segundo cinturón comienza unos cien metros más adentro. También con una sola puerta, diríase oficial, que confronta con la del anillo exterior para facilitar la maniobra de acceso. En épocas empeñadas, las vísperas del asedio, los lugareños se afanarían en introducir por ella todos sus ganados, familias, enseres y alimentos. Una plaza sitiada, a pedrada o ballesta, flecha, lanzada o arcabuz, puede estar cercada mucho tiempo, y mucho tiempo así sus moradores salvo que se concertase alguna tregua. De tiempos posteriores no se veía huella de bala alguna o bola de cañón, que desfigurase su trazo. En realidad tiene aire de fortaleza que se ha sabido estar, o quedar, al margen de la campaña. O por suerte, una y otra fuerza contendiente, contendieron en otro lugar. No es el único cerro que se alza amurallado por la meseta. Tiene un aire, empero, sin igual. El forastero parece buen catador de defensas militares y recorre el recinto seguro, antes de penetrar en su interior, por la cornisa de almenas. Su paso cala la estrategia del lienzo de pared y a su vista, un si es no es nostálgica, columbra y compara la distancia que separa el recinto central sobre la mazmorra, donde en días de lid se aprestarían las armas y se acumularían los pertrechos, con el recinto lateral, el que hoy camina y sopesa el tiempo que en la urgencia del ataque exterior obliga-

ría al soldado a saltar a la lucha. La hora media de la media tarde es buena hora para ponerse a meditar.

Cuenta las iglesias. Seis torres y dos campanarios. Sus pilas bautismales estarán gastadas. Bajo el altar mayor yace la noble gusanera del antaño altivo. Los cadáveres elegidos no precisaban abandonar la fortaleza. Retornada la paz o concertada por algunas calendas la tregua, se aireaban los trapos mejores al humo de los funerales, y se reabría la cripta al dilecto. Cuenta el forastero las veletas y las espadañas. Parece saber donde se encuentra cada templo de antemano. Parece saber el camino. Avanza, penetrando ya el recinto, como si más que llegar a un lugar volviera. Una mujer lo vigila, a hurtadillas, tras el portón entreabierto al que una cortina ensombrece.

De las tres calles, todas llenas de cielo y luz, todas de piedra reluciente, lavadas por el agua y el viento, todas de cal y teja también, elige la preferida, sin dudarlo. No parece vacilar. No precisa de nadie a quien preguntar, por lo que se ve. Y lo que se ve no es más allá que un hombre, con madurez en sus decisiones, que ha subido hasta allí blandiendo un bastón, sin tener que descubrirse la cabeza, con un maletín en la otra mano. Con todo el aire de un forastero que sabe a dónde va.

Llega a un portal cerrado y llama a una puerta claveteada de madera añosa, agarrando decidido un puño de hierro que abarca una bola. Golpea así la puerta dos o tres veces. No le oyen. Nadie contesta a su llamada. Espera. No se abre la puerta. Nadie acude. No se le concede acceso a aquegar.

— ¿A quién busca usted?

Una vecina se ha asomado a un ventanuco parejo y le pregunta. El forastero pretende retroceder sin hablar.

— No vive nadie ahí.

Otra mujer, ascendiendo la calle, igual que la asomada, se detiene para meter baza:

— La casa está deshabitada. Hace ya mucho tiempo que marcharon.

— Acaso le den razón en la parroquia.

Le asedian con su amabilidad y le abruman con su diligencia, suspiran:

— ¡Dios mío, cuántos años!

— ¡Qué desgracia!

Ello le inquieta. Pregunta: —¿Ha habido algún siniestro? —La ausencia...

— La distancia...

— ¡Aquéllos tiempos! Si le parece poco.

— Sólo quise llamar...

Se atreve al fin a aclarar. Ahora su decisión, a la puerta de la casa de pueblo abandonada, que le condujo firme hasta la cumbre, parece resquebrajarse. Es humano. Es mentira. El pretendía algo más.

— La casa se está hundiendo.

— ¡Señor, qué abandono!

— ¿No vé usted?

Quisieran enseñarle sus grietas y lacras, los palos podridos del techo uno a uno. Las heridas incurables de una voluntad. Un buen día cerraron su puerta y...

Retrocede:

— Gracias. No es preciso.

Se rehusa y retira. El maletín, que dejó en el umbral para llamar, otra vez en la mano.

Un niño en un patio próximo llora y otro juega, desde donde la calleja no se le ve jugar. Arriba, en cualquier piso alto, un enfermo tose. Ante otra casa enorme, posiblemente la más grande del pueblo, con su desmesurado escudo al frente, de piedra y ayer, el que no mira como si lo conociera de sobra, vuelve a dudar. Ahora, un empleado del municipio, desde su mesa donde puntúa instancias, en el edificio de la otra esquina, lo contempla y así comprende su vacilación sin ser visto.

La duda que le tiene debe ser profunda. Poco pudiera zanjar, si volviera a llamar de cualquier otro llamador de hierro o de bronce. Pese al frío del claro día de invierno, se desabrocha maquinalmente el botón más alto de su luengo abrigo, y recoge el pañuelo del cuello en un bolsillo. Tiene el forastero largo pelo que le sobresale por debajo de la negra chistera. Muy claros y azules los ojos sorprendidos. ¿Por el vacío de las estancias a donde encaminó sus pasos en el pueblo? ¿O porque arrastra desde siempre consigo cierta abúlica contrariedad?

La vecina que le vio desde la oscuridad de su escondite habla ahora con las que dialogaron con él, enlutadas e idénticas, mutuas y sorprendentes preguntas. El escribiente del municipio, ventajas del progreso, cuenta los días, posiblemente meses o acaso el año, que ninguna otra visita tuvo el pueblo, salvo la periódica y puntual del portador de la ley, como ahora se lleva desde el advenimiento de los nuevos tiempos, quien trimestralmente la acarrea en voluminosos fajos de boletín repletos de decretos. Portador de la entelequia que en el zaguán de la alcaldía descarga y suspira, al hacerlo, cada vez.

El día ya no es día, a esa hora del mes de enero. Ante un portal donde el pueblo se nivela con el cielo, en su punto más alto, y un olivo a la suave brisa deja caer gentil sobre el suelo la dádiva de la aceituna madura, el forastero se sienta en una silla. Al otro lado del valle y del abismo, tras una quebrada y otra loma, sobre la altura, una edificación se distingue pese a la distancia. Ha equivocado su ruta. Debió empezar la indagación por donde posiblemente la termine. Ya no atiende lo que te rodea: el noble farallón del castillo, la piedra emparedada con cautela, la catarata armoniosa de tejadillos que se vierte por una de las dos caras de la pendiente, las interrogaciones sucesivas de cada chimenea, todas esbeltas, pocas con humo. Un perro aparece por una esquina; mueve estupidamente el rabo. Otro cruza a galope, aullando, el llano. Nada le persigue.

- Puede usted seguir en donde está.
- Perdone. Creí que este lugar era público.
- No importa. La silla es mía, pero es igual.
- Gracias.
- Parece usted venir de muy lejos.
- Sí.
- Parece usted estar cansado.
- Sí.
- ¿Quiere usted un vaso de agua?

Otra mujer le brinda así, amable oferta de su humilde asiento. Madura ya, conserva cierta lozanía su rostro blanquecino, y su figura. Posiblemente evite con cuidado el aire frío que atraviesa diariamente el pueblo y, para ello, deja discurrir su vida por el interior del hogar.

Baja luego su ascensión por otra calle aparentemente igual, totalmente distinta. Si en una un día batió el tundidor, en ésta vació el talarbartero. Las fachadas de las casas se diferencian en la argolla de pared, para sujeción de las cabalgaduras, y en lo que no se ve y queda atrás, la trasera, en forma de barril y desagüe por donde resbaló el alpechín de la molienda o el caldo acre del hervor del cuero.

¿Quién le pudiera contar que a la ventana cuyo pretil resguarda un vegetal balcón forjado se asomara una tarde, hacía calor, a respirar, era verano, un personaje herido de muerte, de la historia que parece buscar? Un pariente noble de los dueños de aquella casa de cuyo llamador usó para llamar en vano. ¿O que a esta otra acudió un día una doncella de la misma familia, a comulgar con la incertidumbre? Un labriego de provecho habitó la siguiente. Está enterrado en el camposanto que vio al subir, y volverá a ver al bajar. A su muerte heredó la casa su yerno, un cómico de la legua que sentó la cabeza, y sus reales, de un braguetazo. Los nietos emigraron a otro mundo.

Otro propietario, el de la casa de más abajo, diferente en la situación de la chimenea sobre el tejado, pues en vez de rematarlo lo corta en dos, no se logró enterrar en parte alguna. Que desapareció una noche de manera hartó sorprendente, más sorprendente aún cada vez que se narra la historia, cada vez con menores visos de verosimilitud, pues el narrador a cada nueva narración la adorna con mayores y mejores detalles, involuntariamente inventados.

El forastero no parece conocer la singularidad de tal domicilio y muerte del que lo habitó pues pasa ante él y sigue sin volver, ni siquiera, la cabeza.

La historia dice que una noche de agasajo y celebración, cuando casi todo el pueblo estaba en tal hogar reunido, festejando una buenaventura, recibida con júbilo y estruendo, bien una herencia desde un país y pariente lejano, o unos esponsales de provecho, o la buena nueva posiblemente cumplida, el dueño, en plena euforia, dejó la habitación para cruzar la noche de la calle hasta la vivienda frontera, una bodega, en busca de otra garrafa de vino, y jamás volvió.

El forastero así, al final de la tarde, abandona el pueblo del picacho, la cresta amurallada, sin vacilar. Ahora desciende lo que antes subiera. Puede bajar pisando sobre sus propias y anteriores pisadas. Ha vuelto a liarse el pañuelo al cuello y abrochado el gabán. Ya no le pesa el malecón y marca el paso con su nacarado bastón. Seducido, pues cree recordar de pronto algo que le parece ser verdad.



Mientras, el empleado del municipio, dubitativo, se ha salido a encontrar con la mujer que tan amablemente cedió una silla, para que le aclare sus dudas. Y entre los dos, al igual que las demás vecinas entre sí, o el mismo enfermo que dejó de toser y se incorpora en el lecho, entre todos tejen de un hecho, la vulgar travesía del pueblo por un forastero, la memoria con la leyenda, punteándola con un algo que encontraron y creyeron reconocer en su figura, y un mucho de fantasía.